

## MIGUEL DE TELLAGORRI

Algunas veces, cuando su madre enviaba por vino a la taberna de Arcale a su hijo Martín, le solía decir:

— Y si le encuentras al viejo Tellagorri, no le hables.

Tellagorri, tío-abuelo de Martín, era un hombre flaco, de nariz enorme y ganchuda. Vivía el viejo Tellagorri de pequeños recursos que él se agenciaba, y tenía mala fama entre las personas pudientes del pueblo.

La madre de Martín presintió que, dado el carácter de su hijo, terminaría haciéndose amigo de Tellagorri. El mismo señalado día en que Martín disfrutó de la amistad de Tellagorri, obtuvo también la benevolencia de «Marqués». Marqués era el perro de Tellagorri, un perro chiquito, astuto, vagabundo, y viejo.

Tellagorri poseía un huertecillo que no valía nada, según los inteligentes, en el extremo opuesto de su casa, y para ir a él le era indispensable recorrer todo el balcón de la muralla.

Tellagorri era de la familia de los Galchagorris, la familia de los pantalones colorados. Tellagorri era un individualista convencido.

— Cada cual que conserve lo que tenga y que robe lo que pueda —decía.



Tellagorri, cuando le tomó por su cuenta a Martín, le enseñó toda su ciencia. Le mostró la manera de coger los higos y las ciruelas de las huertas sin peligro de ser visto, y le enseñó a conocer las setas buenas de las venenosas por el color de la hierba en donde se crían. Esta cosecha de setas y la caza de caracoles constituía un ingreso para Tellagorri, pero el mayor era otro.

Había en la Ciudadela, en uno de los lienzos de la muralla, un rellano formado por tierra, al cual parecía tan imposible llegar subiendo como bajando. Sin embargo, Tellagorri dió con la vereda para escalar aquel rincón y, en este sitio recóndito y soleado, puso una verdadera plantación de tabaco, cuyas hojas secas vendía al tabernero Arcale. Este camino subía apoyándose en las gruesas raíces de los árboles, constituyendo una escalera de desiguales tramos, metida en un túnel de ramaje.

El foso era lugar también interesante para Martín; las paredes estaban cubiertas de musgos rojos, amarillos y verdes; y los grandes lagartos tornasolados se tostaban al sol.

### **El sistema pedagógico de los Tellagorris**

Tellagorri explicaba todo detenidamente a Martín. Tellagorri era un sabio, nadie conocía la comarca como él, nadie dominaba la geografía del río Ibayá, la fauna de sus orillas y de sus aguas como este viejo cínico.

Le gustaba también a este viejo embromar a la gente: para Tellagorri, los perros si no hablaban era porque no querían, pero él los consideraba con tanta inteligencia como una persona.

Tellagorri le curtía a Martín, le hacía andar, correr, subirse a los árboles, le educaba a su manera, por el sistema pedagógico de los Tellagorris que se parecía bastante al salvajismo. Mientras los demás chicos estudiaban la doctrina y el catón, él contemplaba los espectáculos de la Naturaleza, cazaba y daba grandes viajatas.

Algunas noches, Tellagorri, le llevó a Zalacaín al cementerio.

— Espérame aquí un momento -le dijo.

Al cabo de media hora, al volver por allí le preguntó:

— ¿Has tenido miedo, Martín?

— ¿Miedo de qué?

— «¡Arrayua!» Así hay que ser -decía Tellagorri-. Hay que estar firmes, siempre firmes.